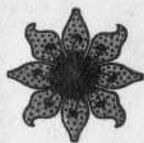


Academia de Artillería e Ingenieros



Piesta  
del  
Libro



G-F. 16198

Exposición de Bellas Artes y Esculturas

Lista

del

Libro



DGA  
A

23 Abril 1616

Día de Cervantes

23 Abril 1933

+ 175699

C.





En cumplimiento a lo  
ordenado sobre la cele-  
bración de la Fiesta del  
Libro Español el día 23  
de Abril de 1933, en el  
salón Biblioteca de la  
Academia de Artillería  
e Ingenieros, se celebró  
un acto cultural, presi-  
dido por el Señor Coronel  
Director y con asistencia  
de los Sres. Profesores y  
Alumnos en el que se  
pronunciaron los siguien-  
tes discursos :: :: :: ::

A Don

con admini

ración y afecto

Francisco Rodríguez

La Herramienta,  
el Zaller y el Obrero Intelectual

DISCURSO DEL  
CAPITÁN DE ARTILLERÍA

D. Francisco Rodríguez Guerrero

Señor Coronel Director.

Señores Profesores y Alumnos.

No es la primera vez que se me ha encomendado la honrosa misión de contribuir con mi modesto esfuerzo, a la celebración de esta simpática fiesta. Encaminé mi trabajo en aquella otra ocasión, a realzar la buena literatura castellana, trataba de ensalzar el libro en cuanto pudiera ser recreo y solaz del espíritu; hoy es mi intención presentarlo como instrumento de trabajo, como herramienta indispensable a la inteligencia humana para realizar la enorme labor de arrancar a la Naturaleza sus secretos, descubrir sus leyes y aprovecharlas luego en beneficio del hombre.

Se ha dicho que el día que el hombre produjo el fuego, estableció su dominio sobre los demás animales; pues

bien, el día que escribió su primera idea, inició la conquista de la Naturaleza; porque de nada habrían servido los descubrimientos geniales de nuestros antecesores, si no hubiesen encontrado previamente el medio de transmitirnoslos. La gran obra de la civilización, la gran conquista de la Naturaleza no es capaz de realizarla ni un hombre, ni un pueblo, ni aun siquiera toda la humanidad: Se inició en sus comienzos y hoy tras tantos siglos de continuado esfuerzo, estamos llenos de dudas, ignorancias y quizás de errores. Sin embargo, lo poco o mucho conquistado ¿hubiera sido posible conseguirlo de no haber logrado la perpetuidad de la idea por la palabra escrita? La tradición oral deforma las ideas, tanto más, cuanto más geniales son, por cuanto son menos comprendidas por los que habian de conservarlas y transmitir las; algunas no habrían pasado siquiera del pequeño círculo de discípulos que se formaba alrededor del hombre genial que concebía una idea atrevida, que a poco era desechada por absurda o errónea; pero no sin que antes se perpetuara por la palabra escrita, pura esencia del libro, y así pasando de unos a otros al cabo de los siglos, aquella idea despreciada, pero no perdida gracias al libro, es recogida por otra mente privilegiada, es nuevamente estudiada y con los progresos hechos por la Ciencia, no solo renace sino que es la base de toda una hipótesis o teoría que nosotros llamamos nueva y que acaso tuvo su nacimiento en los comienzos de la civilización humana. Fiel ejemplo de esto, es lo ocurrido con la tesis defendida por los atomistas, filósofos primitivos de la magna Grecia,



cuyo fundador, Demócrito, estableció unos principios que fácilmente fueron desplazados por las ideas sofisticas y socráticas y que hoy después de cerca de treinta siglos, han sido los pilares sobre los que se han levantado por los químicos modernos una de las más geniales hipótesis de nuestro tiempo: la hipótesis atómica, por la que se descubre a la Ciencia tan amplios horizontes que ya no es ilusorio pensar que pueda el hombre de mañana conocer la estructura íntima de la materia.

Con este y con muchísimos más ejemplos que pudiera ofrecer, vemos que por el libro y gracias a él, la humanidad va saliendo de una esclavitud mucho más horrible que la material, la esclavitud de la inteligencia, por eso de todas cuantas funciones ha podido realizar el libro, es esta la más excelsa, la de ser la herramienta con la que la razón humana va limando las odiosas cadenas de la ignorancia, librándonos de dudas y errores y dando al hombre la más hermosa libertad: la Sabiduría. Acaso por eso los romanos llamaron a esta poderosa arma "liber" y de liber también formaron esta gloriosa palabra: Libertad. Sí, señores, con el libro la humanidad se redime y por él también se liberta el individuo, porque por encima de cuantos prejuicios ha establecido el hombre y de su clasificación por castas, ya por razón de estirpe, de raza o condición social, muy por encima de todo eso, se eleva el hombre que cobijando una inteligencia clara acude al libro, trabaja con constancia y consigue un capital que no se hereda, ni pueden quitárselo: el saber; entrando en una aristocracia que tampoco se hereda, ni se debe al

*favor real, ni a empresas bélicas o intrigas, sino al propio trabajo, a la propia inteligencia y es por tanto más noble, más pura y más real: es la aristocracia ante la cual todos tienen que rendirse, la aristocracia del espíritu. Y he aquí como ante el hombre ayer despreciado, hoy por su trabajo y por el libro se rinden todos y le envidian porque tiene esta incalculable riqueza: una cultura.*

*Por eso el hombre de todas las épocas desde los albores de la civilización ha llevado al libro cuanto ha producido su sentimiento o su inteligencia: en él ha cantado sus placeres y ha llorado sus dolores, a él ha llevado los más nobles sentimientos y ha volcado también sus más bajas pasiones, y hasta los más íntimos sentires, aquellos que parecen estar encarcelados en lo más recóndito de nuestro espíritu, han ido al libro por la magia de ese maravilloso arte que llamamos Literatura. Al libro ha ido la Ciencia, a él van sus conquistas: las más nimias observaciones del naturalista, las más geniales concepciones del matemático, los tenebrosos arcanos filosóficos y los portentosos descubrimientos, todo queda en él consignado, sin que prescindiera de su ayuda ni una sola de las múltiples ramas del saber humano, viniendo a ser así como el combustible que alimenta la fantástica antorcha del espíritu humano, la inteligencia. Alumbrada por ella, el hombre trabaja por la conquista de la Sabiduría y sus progresos no tienen límites. ¡Ah pero sin el libro cuán poco habría sido posible!: fijémonos en un caso; la historia, el hombre siempre ha sentido gran inclinación a ella, en todas las épocas vivió en él una gran curiosidad por saber como*

habían sido y como habían vivido sus antecesores, para ello estudiaba cuantos restos encontraba de las pasadas civilizaciones. Hubo pueblos que apenas dejaron rastros de su existencia, su historia era y es casi desconocida, pero otros en cambio dejaron abundantísimos recuerdos que denotaban una brillante civilización, tales como el Egipto, los sabios que se dedicaban a su estudio, recogían viejas tradiciones, admiraban grandiosos monumentos, las Pirámides, los gigantescos templos y palacios: Luxor; Karnak; coleccionaban juguetes, útiles y joyas encontradas en hipogeos y mastabas al lado de momias en las cámaras funerarias. Pues bien, a pesar de tan abundante arsenal de recuerdos recogidos por hombres consagrados al estudio de aquel pueblo, la historia del Egipto era un misterio para ello, todo aquello no servía más que para hacer conjeturas. ¿Hasta cuándo duró esta situación? Hasta que el gran Champolión por la maravillosa revelación de la piedra Rossetta aprendió a leer en los muros de los templos colosales, que venían a ser gigantescos libros de piedra donde el pueblo egipcio dejó escrita su vida, que hoy nos es conocida hasta en sus más pequeños detalles. ¡No pudieron dejarnos mejor recuerdo! Por eso se dice que cuando empieza el libro empieza la historia, y acaso por este don de la perpetuidad que solo al libro le está reservado, los hombres de todos los pueblos han llevado a él lo que sobre todo querían conservar, la Religión, y así el libro ha venido a ser el más elocuente testigo de las relaciones del hombre y Dios.

He procurado hablar del libro en su más amplio sen-

tido, y a pesar de ello temo haber hecho algo así como "nombrar la soga en casa del ahorcado" porque el estudiante suele no ver en el libro, más que un instrumento de tortura, algo odioso, que anhela abandonar, y esa será acaso una de sus grandes aspiraciones para el día que acabe su carrera. ¡Fenómeno notable, este de que el muchacho que voluntariamente — debe creerse así — siente vocación al estudio de una profesión, a poco de comenzado nazca en él una repulsión por los libros que en tiempos quiso estudiar! De ello hay que culpar más que al estudiante, a los métodos de estudio que le imponen en no pocas ocasiones, la horrible tortura de recitar conceptos incomprensibles consignados en textos que se hicieron por la sola idea del lucro. Esta y otras razones, han hecho pensar a los modernos pedagogos en variar el sistema de enseñanza, porque, lo menos que se debe conseguir del estudiante es que al terminar su carrera sienta un profundo amor al estudio de ella. De aquí ha nacido la idea de suprimir el odiado libro de texto; pero esto no es eliminar el libro en la enseñanza, antes al contrario es darle un valor mayor, es evitar que nazca ese odio que decíamos. Suprimido el libro impuesto — que ya por solo esto, instintivamente se repulsa — el profesor marca una disciplina, un programa de la materia a estudiar y tras la explicación de una teoría, da un índice bibliográfico. El alumno estudia como quiere y cuando quiere; entre aquellos libros indicados busca cuanto pueda serle útil para el estudio de la clase, elige aquél o aquellos que más le gustan, y de esta manera no solo ama al libro sino que se

*aficiona a un trabajo de investigación utilísimo para el ejercicio de toda profesión intelectual. Claro que para esto es imprescindible un nuevo elemento, la biblioteca, que por esto la llamo el taller del estudiante y es el segundo punto de esta modesta conferencia.*

*Al hablar de la biblioteca, voy a empezar por dar de ella una definición muy sencilla; pero que no está demás recordarla, porque es frecuentemente olvidada y a veces el olvido de una sencilla definición hace fracasar todo un sistema. Una biblioteca es una colección de libros racionalmente dispuestos, una serie de lectores y unos elementos que enlazan estos con aquellos. De estos tres elementos, dos son primordiales: los libros y los lectores, faltando alguno de ellos no hay biblioteca. El tercero es auxiliar; pero no deja de ser importantes: catálogos y bibliotecarios son lazos de unión entre el libro y el lector de los que difícilmente podría prescindirse, no es además cosa fácil la formación de un catálogo y su conservación; menos aún lo es encontrar un buen bibliotecario, cargo para el que es necesario una sólida cultura, al mismo tiempo que ciertas dotes de carácter que le permitan armonizar y cumplir estos dos deberes tan contrapuestos, uno la defensa de la biblioteca, otro facilitar lo más posible el acceso al libro. ¡Difícil e ingrata labor para la que pocos son aptos! Pero volvamos a aquellos elementos principales sin los cuales decíamos que no podía haber biblioteca: efectivamente, es evidente que sin libros no puede haber biblioteca; pero es igualmente cierto e indudable que puede existir una reunión de libros y no ser biblioteca,*

porque para que ésta exista son necesarios los dos elementos: el activo, lector, y el pasivo, libro; y puede ocurrir y ocurre desgraciadamente con harta frecuencia que habiendo libros, falta lo más importante, el elemento activo: los lectores. Esto corrientemente, no se tiene en cuenta y así llamamos biblioteca a una habitación o lugar donde se conservan una cantidad de libros más o menos decorativamente expuestos; pero que ya sea por las dificultades que encuentran las personas que debieran tener acceso a ellos, ya sea por poca afición o por otras razones, el hecho es, que no tienen ni un lector, le falta su elemento activo, no realiza función alguna, es un órgano muerto. Esto no es una biblioteca, es sencillamente un almacén o depósito de libros. Una biblioteca es por el contrario un órgano activísimo, que no se concibe sin realizar una misión, porque así como dice el filósofo Ortega y Gasset, que el hombre en sí, no es nada, que el hombre es lo que realiza, sus funciones, sus relaciones con los demás; así también no hay biblioteca donde no hay lectores en quienes pueda dar su rendimiento. Una librería de un despacho que permanezca perennemente cerrada, no es, sino un mueble más que decora la habitación y un libro que no se piensa abrir nunca es un objeto sin valor que nada dice en pro de la cultura de su poseedor. Ya lo dijo el viejo refrán castellano "Libro cerrado, no saca letrado".

¿Qué labor puede desarrollarse por la biblioteca? Inmensa, en su doble misión de archivo y fuente del saber humano, puede ofrecernos en un momento tal cantidad de informes que sería imposible encontrar en un solo texto,

nos ofrece además variedad de criterios, de donde con un imparcial contraste puede salir la verdad y tiene por último una significación social magnífica: es el instrumento que la colectividad crea y ofrece a cada uno de sus individuos para que realice un trabajo que por sus propios medios le hubiera sido imposible desarrollar.

¿Cuántas veces se desprecia tan valioso ofrecimiento? Obrar algunos como si con los conocimientos adquiridos durante su carrera tuvieran ya el bagaje necesario para el desarrollo de todos sus trabajos intelectuales y como si todo lo demás fuese superfluo o inútil. Piensan como pensaba el Califa Omar cuando ordenó quemar la biblioteca de Alejandría y decía contemplando aquellos 500.000 volúmenes en los que se encerraba todo el saber del pueblo griego: "O todo cuanto hay contenido aquí, lo está en el Korán en cuyo caso esto es inútil, o no lo está y entonces es nocivo". Muchos de los hombres de hoy, algo más transigentes dicen o piensan: "O lo contenido en la biblioteca está en lo que ya sabemos, o no lo está y en ese caso no nos interesa". Se dan por satisfechos con sus primeros estudios, creen terminada la obra cuando solo poseen los cimientos y no queman la biblioteca; pero hacen caso omiso de ellas. La conservan acaso para mostrarla a los visitantes y puedan creer en él una cultura que en realidad no tiene. Con esto casi entramos en el tercer punto que quiero desarrollar: el trabajador intelectual. Lo llamo así porque en mi modesto entender, creo que el que sigue una carrera lo que hace es un aprendizaje para desarrollar después durante toda su vida un

*trabajo constante, nunca he creído que el título conseguido al final de ninguna carrera facultativa, fuese un seguro de holganza. Porque no se comprende una sociedad bien organizada, sin que cada uno de sus individuos cumpla una misión en beneficio de ella y así como el trabajador de cualquier clase recibe beneficios a cambio de su trabajo, así también quien ha seguido una carrera tiene la obligación moral de continuar su estudio para poder desarrollar cada vez mejor el ejercicio de su profesión y corresponder así a los beneficios cada vez mayores que la sociedad le va concediendo. Esto que es tan claro, no es desgraciadamente la norma que guía a muchos de los que se dirigen por la senda del estudio. Acaso el error provenga del propio hogar paterno, donde al decidir la profesión del hijo no se tienen en cuenta sus aficiones y aptitudes, y creyendo hacerle un beneficio y hasta por creerlo una obligación si su posición es buena, lanzan a jóvenes ineptos a la ditiçilísima empresa para ellos de cursar una carrera, perdiendo a veces la salud y siendo en todos los casos hombres inútiles, sin porvenir, habiéndolo podido encontrar y dar gran rendimiento a la sociedad en otra rama de la actividad humana, porque ningún hombre normal es completamente inepto y todas las profesiones son igualmente honrosas. Este error se exagera aun más cuando la carrera elegida es de las llamadas del "Estado", entonces, parece que lo único que se persigue es conseguir al hijo un porvenir asegurado y en esta idea se le alienta en el estudio, haciéndole ver que el estuerzo es solo de unos años y a cambio de él después ha de encontrar un reposo*



sin límites; el joven asimila tan bien esta idea que acaba por perder la afición al estudio y no ver en las asignaturas más que una serie de obstáculos que se oponen al disfrute de esa holganza. Y muchos que mejor orientados habrían podido desarrollar una magnífica labor intelectual y haber conseguido una esplendorosa situación social, quedan reducidos a meros funcionarios. Esta falsa orientación, basada sin duda en el amor paterno, es legítimamente disculpable, pero es también enormemente perjudicial para la sociedad; de ahí que el Estado debe velar por el bien de ella, no puede ni debe apoyarla, antes al contrario debe orientar la enseñanza en el sentido de impedir el acceso a las actividades intelectuales a todos aquellos que lejos de ser capaces de dar un rendimiento útil, puedan ser un lastre que dificulte el buen funcionamiento de un organismo; y facilitarlo en cambio, con toda su poderosa ayuda, incluso la económica, a todos aquéllos que de forma clara y evidente demuestren poseer dotes mentales y afición suficiente para ingresar dignamente en las filas intelectuales. Esta orientación que es la que afortunadamente quiere hoy seguirse en España, es la única racional, porque al hacer la selección de futuros trabajadores intelectuales, se escogen solo a los facultados, y como el talento no es cualidad específica de clase, ni de familia, sino que se produce espontáneamente, hay que recogerlo allí donde se le encuentre, sustituyendo así los antiguos títulos de nobleza, los viejos blasones, por estos mucho más legítimos: inteligencia y vocación.

Inteligencia y vocación. ¡He aquí los dos pilares sobre

los que se asienta todo trabajo intelectual, la primera es un regalo que se nos hace, nosotros podemos hacer el uso que queramos de ella, lo que no podemos es aumentar o disminuir su potencia ¡Ah! pero si está en nuestras manos tenerla siempre en condiciones de dar su máximo rendimiento. Se ha dicho, que así como una máquina que almacena cierta potencia, realiza un trabajo y produce una cosa, así la inteligencia por su trabajo, el pensar, produce el conocimiento; nosotros no podemos aumentar la potencia que nos está limitada, pero si la máquina permanece siempre parada, si no la engrasamos, la máquina se oxida, llegará un día que apenas podrá funcionar, si nosotros en cambio, la sometemos a un trabajo metódico y constante, si nosotros con el estudio la engrasamos diariamente, la inteligencia estará siempre dispuesta a realizar su trabajo y si con el tiempo el acoplamiento de sus piezas se va perfeccionando, llegará un día que rendirá el máximo esfuerzo, la máxima amplitud de conocimientos. ¡He aquí como hasta cierto punto disponemos de esta fuerza!

Nuestra profesión, señores, es de tal naturaleza que puede llevarnos a ocasiones en que rápidamente tengamos que resolver difíciles problemas, debemos pues tener siempre la máquina bien dispuesta, en nosotros por consiguiente el estudio debe ser un hábito, por el que conseguiremos además, que a medida que pase el tiempo y al ir ascendiendo en la escala jerárquica, nuestra autoridad irá aumentando por esto, y por el crecimiento de nuestro caudal de conocimientos, sentando así la disciplina sobre su base más firme.

Vocación, ya lo sabeis viene de vocare, llamar; vocación es sentirse llamado para una cosa; todos la sentimos, todos nos hemos sentido llamados para seguir esta carrera que elegimos; pero esta vocación que cobijamos, hemos de traducirla en vocación al estudio. La profesión militar y quizá más particularmente en los cuerpos de Artillería e Ingenieros, ha exigido de sus individuos a la par que el trabajo físico un intenso trabajo intelectual, con el desarrollo de la última contienda, esta exigencia se ha aumentado extraordinariamente, se ha llegado a decir que una futura guerra, sería una lucha de laboratorios y centros de estudios ¡Ved por tanto como es una obligación aumentar nuestra capacidad científica! Ello es también seguir las tradiciones de nuestros Cuerpos, mirad el historial de ellos y vereis como al lado de los héroes se muestran con orgullo sus investigadores y hombres de estudios: A la par que Daoiz y Velarde presentamos a Rios y Elorza, a la par que Flomesta nos honramos recondando a Mata, al lado del heroico Arenas presentais, vosotros Ingenieros, a vuestro insigne Marvá y nuestra Academia que honra sus muros con las lápidas que evocan hechos heroicos, se enorgullece también presentando al visitante el recuerdo de que en ella y por el genio de Proust, se descubrió una de las leyes principales de la Química.

Acaso mi charla habría sido más amena, si hubiese escogido como tema la glosa de algún laureado poeta; he querido, sin embargo, hacer algo más constructivo, escogiendo este del libro, la biblioteca y el estudiante, porque de la conjunción de ellos nace la única obra imperecedera

creada por el hombre, la Cultura, ella es el único índice que marca el único poderío de los pueblos, por eso hoy se ha cambiado el criterio formativo de la historia de la humanidad, y cuando se quiere reseñar la vida de un pueblo, pasan a segundo término sus conquistas y sus reyes, y se estudia primordialmente la historia de su cultura. Cuentan que el tirano Leonte preguntó a Pitágoras por su oficio y éste le contestó: soy filósofo, y como aquél no le comprendiera, aclaró "Así como a los Juegos Olímpicos van tres clases de gentes, unas para ganar fama, otras para ganar dinero, otras desinteresadamente, por afición al igual con la Ciencia, unos la cultivan por el dinero que puedan darle, otros por alcanzar la gloria, otros, por saber, por afición, estos son los filósofos". Seguramente el tirano tampoco comprendió la gallardía del gesto y sin embargo aquella pléyade de filósofos que estudiaba sencillamente por saber, dieron a Grecia un poderío como no pudieron dárselo sus generales y estadistas. Pasaron sus conquistas y sus victorias, pasó Leónidas con sus gloriosas jornadas de las Termópilas; de Micala y Salamina no queda más que el recuerdo y ni las prodigiosas y triunfantes conquistas de Alejandro pudieron contener la ruina del pueblo griego, todo cayó, la Hélada un día victoriosa es devorada por el nuevo coloso romano. Algo ha quedado en pie, su cultura y por ella sigue dominando a su conquistador y la naciente cultura romana tiene que beber en las fuentes griegas para vivir y crecer, desde entonces hasta ahora aquel pueblo ha pasado por las más variadas vicisitudes, Grecia se ha visto rehecha y deshecha mil

veces, su cultura ha seguido en pie y aún hoy sigue dominando por ella al mundo, hoy seguimos invocando en filosofía a Platón y Sócrates, nuestra lógica aún se basa en lo dicho por Aristóteles y pesan en física Arquímedes, Pitágoras en los números, Euclides en geometría, Demócrito en química, aún nuestros arquitectos se inspiran en el estilo creado por aquel pueblo, aún nuestros escultores copian a Fidias y Praxiteles, sus literatos siguen inspirando a los nuestros y hasta en los más íntimos detalles de nuestras costumbres encontramos reminiscencias de los de aquel pueblo que se hizo inmortal por su cultura. Decídme ¿Qué ha quedado del inmenso imperio romano? ¿Qué influencia tienen hoy en el mundo las victorias de César? Roma habría sido un pueblo más en la Historia y no destacaría si no hubiese creado estos dos instrumentos de cultura, su Derecho, base de nuestras leyes de hoy y su lengua, madre de tantas y base de nuestros estudios. Bien claro se ve en la historia de nuestra España: el pueblo visigodo que domina nuestra Patria por espacio de tres siglos, no supo crearse una cultura, cae en una sola batalla y apenas si deja rastro de su paso por nuestro suelo, cae, derribado al impulso de un pueblo que empieza su expansión con espíritu vandálico; pero que cuando quiere hacerse grande, se hace por la cultura de Abderramán III que convierte a Córdoba en el principal centro intelectual de Europa y por Alakem II que reúne en el maravilloso palacio de Medina Zahara una biblioteca de más de 50.000 volúmenes. A su vez los pueblos cristianos base de nuestra nacionalidad, en cuanto comienzan a enseñorearse en la

*Península con Fernando el Santo y Alonso el Sabio inicia una cultura que culmina en los siglos XVI y XVII con Vives, el padre Las Casas, Victoria... y al mismo tiempo que el Sol no se ponía en nuestros dominios, el Sol de nuestra cultura alumbra al mundo. Prodigioso paralelismo que nos sigue en la desgracia y cuando nuestro poderío se deshace, nuestro imperio se disloca, cuando hasta en nuestro propio solar reina la miseria y el desconcierto y se matan los españoles en luchas fratricidas y suicidas, cuando parecen perdidas las virtudes ciudadanas y sobre el solar hispano vuelve a sentirse la planta del pueblo galo que con sus 100.000 hijos de San Luis, vienen a intervenir en nuestras cuestiones, a poner orden, cual si fuésemos un pueblo salvaje, entonces, cuando a tan bajo hemos llegado es también cuando un Rey tirano y cruel ha llevado su vesania hasta cerrar las Universidades y abrir la Real Escuela de Tauromaquia.*

*Y perdimos las colonias, pero antes le habíamos dado una religión, una lengua, habíamos llevado a ella lo máspreciado de nuestro pueblo nuestra cultura, y pasaron las luchas, pasaron los odios y los rencores, pero como por las venas de sus hijos corre sangre española, y por las venas de sus pueblos, corre la cultura hispana, hoy vuelven amorosos sus ojos a la madre que les dió tan exuberante vida.*

*Señores, — y voy a terminar— la República hoy al amparo de la libertad que el pueblo mismo se ha dado, recogiendo los escombros que la tiranía le dejó, quiere reconstruir España sobre los cimientos de su glorioso*

*pasado y como los hombres preclaros que hoy rigen sus destinos comprenden que no hay grandeza sin cultura, hoy quieren resucitarse los días gloriosos de Salamanca y Alcalá, hoy se multiplican las escuelas y centros de enseñanza, y van por perdidos caminos hasta las pobres aldehuelas misiones y estudiantes recordándole viejas leyendas y consejas olvidadas y llevando el libro hasta la más mísera choza. Hoy se quiere aumentar la intelectualidad militar haciendo que los primeros estudios profesionales se cursen en la Universidad. Acaban ya de crearse las bibliotecas divisionarias donde el Oficial podrá encontrar una fuente abundantísima de conocimientos. . ¿a qué seguir? hoy España quiere rehacerse por el camino de la cultura, pongamos nuestro granito de arena aumentando cada uno nuestra propia cultura.*

*He dicho.*

pasado y como los hombres presentes que hoy rigen sus  
 destinos comprenden que no hay grandezas sin cultura,  
 hoy quieren revalorizar los días gloriosos de Salamanca  
 y ahora, hoy se multiplican las escuelas y centros de  
 enseñanza y van por partidos camiones hasta las partes  
 más remotas, misiones y establos recorridos por  
 profesores y maestros. Hoy se levanta el libro hasta la  
 más alta cultura. Hoy se quiere aumentar la intelectual-  
 dad mejorando a los primeros estudios profesio-  
 nales en enseñanza universitaria. Ahora ya de crearse  
 las bibliotecas divisionarias donde el Oficial podrá encon-  
 trar sus fundamentales de conocimientos. Ya que  
 seguir hoy España quiere revalorar por el camino de la  
 cultura, pongamos nuestro granito de arena aumentando  
 cada día nuestra amplia cultura.  
 He dicho.





SEGOVIA.—.—.—.  
Imprenta de la Academia  
.—.—.—. 1 9 3 3